

Arturo Escobar V.

Merrill College
University of California

La invención del desarrollo en Colombia

Lecturas de Economía. No. 20. Medellín, mayo-agosto de 1986. pp. 9-35.

● **Resumen.** Existe un espacio común de reflexión sobre la realidad de los llamados países del Tercer Mundo, formado por las conceptualizaciones, prácticas, programas, planes y estrategias a ser aplicadas en estos países para elevar su nivel de desarrollo económico y social. Este artículo relaciona la aparición y progresiva consolidación de esta reflexión sobre dichas sociedades con la evolución de la política y la economía mundiales en los últimos decenios y propone mirar el discurso del desarrollo como una entidad en la que el poder y el conocimiento se articulan para servir como tecnología política, cuyo propósito es el manejo y la creación sistemática del Tercer Mundo como realidad histórica. El análisis está centrado en el caso de Colombia, destacando además la contribución a esta línea investigativa del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, especialmente con su última obra: *Historia doble de la Costa*.

● **Abstract.** *A common set of concepts provides the framework for much of the discussion of Latin American economic reality. These are expressed in the various practices, plans, programs and strategies which have addressed questions of economic and social development. This paper relates the evolution of this set of concepts to global political and economic development over recent decades. It considers the discourse about development as an element of power and knowledge which serves an important function in the systematic creation of the Third World. The analysis centres on Colombia and supercedes other contributions based on this methodology such as Orlando Fals Borda's *Historia doble de la Costa*.*

Presentado originalmente en el evento "El desarrollo nacional como discurso y como modelo: reflexiones sobre Retorno a la tierra de Orlando Fals Borda". Bogotá, marzo 18-20 de 1986.

I. Introducción, 11. —II. La invención del desarrollo en Colombia, 13. — III. La formación de la nueva estrategia del desarrollo, 15. — IV. Desarrollo nacional, discurso y resistencia, 27.

I. INTRODUCCION

El tema general que nos concierne en este trabajo es el desarrollo. Varios tipos de análisis son posibles, todos ellos sin duda muy valiosos. Un tipo de análisis trataría de encarar la problemática presente del desarrollo desde el punto de vista de lo idóneo o inadecuado de ciertas teorías o programas en relación con los problemas del país. Se trataría en este caso de investigar la forma en que diversos programas de desarrollo corresponden o no a las necesidades sentidas del país, y se darían las explicaciones pertinentes para substanciar una posición u otra (explicaciones, por ejemplo, en términos de los requerimientos de capital, la lucha de clases, la racionalidad de los programas, los patrones de industrialización o desarrollo agrario, etc.). Estos análisis, como ya se dijo, son valiosos y de una manera u otra, se dan continuamente. Más aún, estos análisis han dado origen a debates importantes a través de los cuales se ha creado un espacio común donde los términos de intercambio y análisis, si bien a veces en franca oposición, comparten sin embargo dicho espacio: el desarrollo.

Otro tipo de análisis, el cual nos proponemos adelantar aquí, intenta-

ría explicar precisamente este último hecho, es decir, la formación de ese espacio común dentro del cual, mal que bien, nos hemos visto abocados a debatir y a avanzar la lucha. Se trata entonces de intentar penetrar ese espacio, que tal vez podríamos llamar desarrollismo —o, mejor, simplemente “desarrollo”— el cual a lo largo de cuatro décadas se ha convertido en una entidad asfixiante, una atmósfera enrarecida que pareciera hacer imposible pensar a Colombia en nuevas formas. Queremos entonces trazar la formación de este espacio en Colombia, incluyendo la génesis de los mismos conceptos y términos con los cuales se ha concebido hasta ahora el análisis, la práctica y los programas del llamado desarrollo.

No es este un proyecto simplemente histórico, en el sentido de que no se trata de explicar el pasado inmediato de nuestro país en términos del presente, ni siquiera de explicar el pasado en sus propios términos, tarea ésta que de todas formas podría resultar imposible; tampoco es un intento de derivar lecciones de ese pasado que pudieran ser aplicadas al presente. Se trata en cambio de investigar las formas específicas en que nosotros, los colombianos, nos hemos ido creando o hemos sido creados por el desarrollo como sujetos y como nación durante las últimas cuatro décadas. Cómo las tecnologías políticas del desarrollo —incluyendo conceptualizaciones, prácticas, políticas, planes y programas)— nos han producido —al menos parcialmente, pero siempre en formas importantes— como individuos, como clases, como hombres y mujeres, como grupos étnicos y, finalmente, como nación misma. Se trata entonces de investigar el papel que ha jugado el desarrollo en nuestra constitución presente. Así podremos tal vez derivar algunas lecciones importantes, no del pasado, sino del mismo presente, y para el presente mismo.

Investigaremos entonces los siguientes elementos: cómo aparece en nuestro medio, específicamente después de la segunda guerra mundial, la estrategia del desarrollo; cómo se pone en marcha esta estrategia durante aquél período temprano; y, especialmente, cómo se constituye, como resultado de ese mismo proceso, ese espacio discursivo que condiciona casi por completo nuestros pensamientos y acciones y que, si bien por muchos años permitió respirar cierto aire fresco, últimamente se ha convertido en una verdadera camisa de fuerza. Cómo, en resumidas cuentas, nos embarcamos —o nos embarcaron— en ese viaje, en ese cuento del desarrollo que nos prometía la industrialización autosostenida, la modernización, el aumento de los niveles de vida hasta equiparar aquéllos de los países avanzados, en fin, la tierra prometida de la abundancia sin límites.

II. LA INVENCION DEL DESARROLLO EN COLOMBIA

Comencemos con una “Misión”, famosa en la historia del desarrollo en Colombia, la Misión Currie. Su nombre mismo ya permite situar al desarrollo dentro de la larga estela que la “misión civilizadora” europea ha dejado en nuestro continente. Esta Misión, patrocinada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, visitó a Colombia entre el 11 de julio y el 5 de noviembre de 1949, con el propósito de formular un programa comprensivo de desarrollo para nuestro país. La Misión incluía catorce expertos internacionales en las siguientes áreas: agricultura, salud, economía, finanzas públicas y banca, balanza de pagos, industria y energía, petróleo, transporte, y servicios comunales. Un grupo similar de expertos colombianos trabajó con la Misión durante la estadía de ésta en el país.

Es interesante analizar la forma en que la Misión concibió su tarea y, por tanto, el carácter de los programas propuestos¹ :

Hemos interpretado nuestros términos de referencia como un llamado a desarrollar un programa comprensivo y consistente [. . .] y no como una serie de recomendaciones inconexas. Las relaciones entre los varios componentes de la economía colombiana son bastante complejas, de tal forma que se ha requerido de un *análisis intensivo* para poder lograr un panorama consistente [. . .] No sugerimos que Colombia adopte un nuevo orden radicalmente diferente al actual. Queremos simplemente impulsar ciertas modificaciones en las condiciones existentes, cambiar el enfoque, y sugerir una multitud de reformas y mejoras [. . .] De aquí parte la justificación para un *programa global de desarrollo*. Las medidas incrementales y esporádicas no pueden hacer mella en la economía. Sólo se puede romper el círculo vicioso formado por la pobreza, la ignorancia, la mala salud y la baja productividad si se lanza un ataque generalizado a través de toda la economía en las esferas de educación, salud, alimentación, vivienda y productividad. Pero una vez roto este círculo el desarrollo económico puede llegar a ser un proceso autosostenido.

El programa sugería entonces “una multitud de reformas y mejoras”, las cuales constituirían un “programa global de desarrollo”. A pesar del énfasis de los autores en el hecho de que el programa no representaba un “nuevo orden radicalmente diferente al actual”, el programa en sí mismo —como veremos en detalle más adelante— sí constituyó un enfoque y un modelo de

1 Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. *The Basis of a Development Program for Colombia*. Baltimore, John Hopkins University Press, 1950. p. XV. Traducción y subrayado nuestro.

política y acción social completamente diferente al existente en el país hasta ese entonces. Nunca antes había sido Colombia el objeto de un programa tan comprehensivo e integrado; nunca antes se había experimentado en el país con las formas de planificación y organización que el programa sugería. Nunca antes habían sido la economía y la sociedad colombianas sujetas a tan detallado escrutinio, a un sondeo tan racional de la vida del país. El reporte de la Misión (complementado con diez apéndices técnicos “de interés para los especialistas”), con su detallada serie de metas, criterios de diseño e inversiones, políticas y programas sectoriales, metodologías y rutinas, etc. constituía de esta forma un enfoque radicalmente nuevo.

Algunos de los aspectos más importantes de este nuevo enfoque pueden ser vislumbrados en los últimos párrafos del Reporte. Léamoslos²:

No podemos dejar de concluir que el haber estado abandonados a las fuerzas naturales no ha producido los resultados más felices. También inevitable es la conclusión de que la economía puede mejorarse grandemente si se dispone de un conocimiento adecuado de las bases de los procesos económicos, de buenas prácticas de planeación en cuanto a la fijación de objetivos y la asignación de recursos, y de la determinación necesaria para desarrollar un programa de reformas y mejoras. Esto permitiría moldear las políticas económicas de acuerdo a requerimientos sociales estipulados científicamente [...]

Esta es una oportunidad única en la larga historia de Colombia. Los ricos recursos naturales del país pueden llegar a ser extremadamente productivos si se aplican tecnologías modernas y las prácticas más eficientes. Su posición ventajosa en cuanto a la deuda externa y al intercambio internacional le permitiría al país adquirir equipos y técnicas modernas en el exterior. Por otro lado, ya se han establecido organizaciones internacionales y entidades en países desarrollados con el propósito de ayudar a los países subdesarrollados tanto técnica como financieramente. Sólo se necesita ahora un esfuerzo decidido por parte de los colombianos mismos para inaugurar un período de desarrollo amplio y rápido. Dicho esfuerzo le permitiría a Colombia no sólo lograr su salvación, sino también convertirse en un inspirador ejemplo para el resto del mundo subdesarrollado.

Analicemos un poco, antes de continuar con nuestro tema, algunas de las asunciones presentes en estos párrafos. Lo primero que se nota es cierto mesianismo, un fervor casi que religioso articulado alrededor de la noción de “salvación”. Colombia alcanzará su salvación si se decide a seguir la gran vía, es decir, la única vía correcta, el desarrollo. Esta tarea de salvación/desarrollo

2 *Ibid.* p. 650.

es —como toda buena historia de salvación— ardua y compleja. Afortunadamente, el camino ya ha sido allanado por nuestros predecesores/salvadores, quienes pueden poner a nuestra disposición las herramientas necesarias para alcanzar la meta. La idoneidad de dichas herramientas (la ciencia y la tecnología, la planificación, etc.) ya ha sido puesta a prueba exitosamente en los países del Occidente. Mas aún, dichas herramientas son neutrales, indudablemente apetecibles y universalmente aplicables. Colombia tiene que cambiar y este cambio será necesariamente positivo si es guiado por las premisas del desarrollo. Antes de la llegada del desarrollo no había nada: el país se encontraba abandonado “a las fuerzas naturales”, las cuales no habían producido “los resultados más felices”. El desarrollo trae la luz, la antorcha del conocimiento que nos permitirá determinar científicamente los “requerimientos sociales” y por ende actuar racionalmente. Ahora sólo se necesita nuestro esfuerzo decidido. De ello dependerá el éxito o el fracaso de la empresa. En caso de fracaso, sólo nosotros seremos culpables. Debemos entonces despertarnos de nuestro letargo de siglos y dedicarnos a esta tarea con todas nuestras fuerzas.

¿Qué es lo que hace posible este arrogante discurso, esta serie de descripciones y conceptos que regirán desde entonces gran parte de nuestro espacio vital? ¿Cuáles fueron las condiciones históricas que hicieron posible lo que aquí hemos llamado “la invención del desarrollo”? Sin duda que este fenómeno tiene sus raíces más profundas en la larga historia del país y de América Latina. Pero la constitución misma del desarrollo como estrategia puede detectarse en un momento muy preciso: la década que siguió a la segunda guerra mundial. También puede reconocerse durante este período una serie de condiciones históricas, una coyuntura si se quiere, con relación a la cual el desarrollo constituía una respuesta. Es durante este período que ciertas condiciones, comportamientos y estructuras de nuestros países se convierten en problemas para los países avanzados (y, por ende, para los nuestros), dando lugar a la formación de teorías, discursos, programas y estrategias, formas de poder y de conocimiento con relación a las cuales se definirán nuestros países. Estudiemos entonces un poco este proceso de la problematización del desarrollo.

III. LA FORMACION DE LA NUEVA ESTRATEGIA DEL DESARROLLO

I. El discurso del desarrollo

Desde el arribo de Cristóbal Colón a América, las sociedades latinoamericanas han atravesado un proceso de definición social, cultural, política y

económica en el cual las ideas y conocimientos de Europa han jugado un papel primordial. No se puede negar que el pensamiento europeo ha dejado su marca indeleble en América, creando ciertas posibilidades y negando otras. El eurocentrismo —aquella tradición que convierte a Europa en un ideal universal, reduciendo las otras culturas al papel de versiones inacabadas o imperfectas de lo europeo, y por tanto en necesidad de perfeccionarse o completarse— ha actuado en la definición de nuestros países a través de una serie de mecanismos económicos e ideológicos, de tal forma que nuestras sociedades se han constituido en gran parte con el real fantasma de una Europa omnipresente. Este proceso, obviamente, ha generado al mismo tiempo formas importantes de oposición y resistencia, tal como lo ha analizado brillantemente Orlando Fals Borda, especialmente en el tercer volumen de su *Historia doble de La Costa*, titulado *Resistencia en el San Jorge*.

La segunda guerra “mundial” inauguró la fase más reciente de este proceso y, tal vez, la de repercusiones más hondas. Aunque el interés de Europa y, más recientemente, Estados Unidos en Asia, África y América Latina data desde el “descubrimiento” y la conquista de “nuevos mundos”, sólo a partir de 1945 se constituye en estos países una estrategia global con respecto a aquellos países que pronto empezarían a llamarse el “Tercer Mundo”. Esta nueva estrategia, diseñada para tratar los problemas del “subdesarrollo”, aparece y se consolida entre 1945 y 1955, como producto de las grandes transformaciones de la posguerra, y origina, en escasamente una década, una mutación substancial en el carácter y alcance de las relaciones entre los países ricos y los países pobres. La nueva estrategia incluirá en su ámbito todos los aspectos de importancia en la vida de un país: población, agricultura, formación de capitales, industrialización, educación, valores culturales, recursos naturales, etc. Las “Misiones” iniciales enviadas por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento al Tercer Mundo fueron la primera expresión concreta de esta nueva estrategia; igualmente lo fueron las nuevas organizaciones internacionales y la infinidad de expertos y nuevos campos de conocimiento en todas las áreas del desarrollo, todos los cuales empezaron a aparecer con profusión durante este período.

Las raíces históricas del desarrollo se encuentran en los grandes reacomodos políticos que ocurrieron a nivel mundial al final de la segunda guerra mundial. Las nociones de “subdesarrollo” y “Tercer Mundo” aparecieron en este momento como parte de un proceso a través del cual el Occidente buscaba redefinirse a sí mismo y en relación con el resto del mundo, pero especialmente en relación con las nuevas potencias del Este. Parte de este proceso fue también la necesidad de extender la civilización industrial al mundo hasta

entonces no industrializado. Por tanto, las nociones de desarrollo y Tercer Mundo están estrechamente ligadas en sus orígenes a las de Guerra Fría y modernización. El objetivo de las naciones que se embarcaron en la tarea del desarrollo después de la guerra fue invariablemente el mismo: la creación de un tipo de sociedad equipada con los factores materiales e institucionales requeridos para alcanzar rápidamente las formas de vida creadas por la civilización industrial. De esta forma, el "desarrollo" se convirtió en la estrategia magna para realizar los designios de la civilización industrial y al mismo tiempo adelantar en forma relativamente inocua la confrontación entre Este y Occidente.

Repasemos brevemente las condiciones históricas del momento, las cuales hicieron posible la formación de este discurso del desarrollo. Se estaba dando una reorganización en las estructuras de poder a nivel mundial (incluyendo el desmoronamiento de los viejos regímenes coloniales y, por tanto, la necesidad de introducir nuevos sistemas de explotación, la marcha exitosa del comunismo en China y el inicio de la rivalidad entre las superpotencias), cuyo resultado final aún no estaba claro. Como resultado de la guerra, habían ocurrido cambios importantes en las estructuras de producción, los cuales tendrían que ser canalizados para satisfacer los requerimientos de acumulación de capital de un sistema mundial dentro del cual los países subdesarrollados estaban llamados a jugar un papel cada vez más importante. Estos países, por otro lado, podrían forjar alianzas con cualquiera de las superpotencias. La naturaleza e inclinación de esta alianza —hacia el Este o hacia el Occidente— podría depender de una estrategia sin precedentes con respecto a los países pobres, especialmente considerando el aumento alarmante de la población de estos países, el deterioro de sus condiciones materiales y sociales, y el avance del comunismo en todo el mundo.

Por otro lado, se creía firmemente que los países ricos disponían de la capacidad científica, tecnológica y financiera para llevar el progreso al mundo entero. Una mirada a su propio pasado les afirmaba en su convicción —corroborada recientemente por el éxito del Plan Marshall en la reconstrucción de Europa— de que esto no sólo era posible y deseable, sino tal vez inevitable. Tarde o temprano los países pobres llegarían a ser ricos, la pobreza se transformaría en opulencia. Ya se habían establecido organizaciones internacionales para ayudar a estos países a alcanzar rápidamente estas metas. Se disponía también de nuevos aparatos de conocimiento (como, por ejemplo, la naciente economía del desarrollo y los "estudios de área", tales como los "estudios latinoamericanos" y "estudios del desarrollo", legitimados en universidades norteamericanas y europeas durante este período), así como de nuevas técnicas de diseño y manejo social (ta-

les como el *Tennessee Valley Authority*, TVA, y una variedad de nuevos mecanismos de planeación, manejo de personal, administración y gerencia, optimización, etc., (muchos de ellos introducidos durante la guerra), las cuales alimentaban aún más la factibilidad del desarrollo. Sólo se trataba entonces de adoptar la estrategia necesaria, de poner en funcionamiento las fuerzas apropiadas para asegurar el progreso y la felicidad en todo el Tercer Mundo.

Esta estrategia tuvo un costo muy alto para el Tercer Mundo ya que significó la profundización y ampliación de la intervención. Detrás de la fachada humanitaria con que venía cubierto el desarrollo yacían nuevas formas de control y de poder, más sutiles y refinadas que nunca. Los países del Tercer Mundo se vieron sujetos súbitamente a una infinidad de prácticas y programas que parecían ineludibles. Tal fue la estrategia que se puso en marcha después de la guerra con ayuda de las entidades internacionales, las universidades, fundaciones y centros de investigación en los países industrializados, los estamentos de planificación, enseñanza e investigación de nuestros países, etc. Una estrategia que en pocos años extendería sus tentáculos a todos los sectores de la vida social.

Miremos ahora cómo se puso en funcionamiento esta estrategia, cómo empezaron a circular entre nosotros esos discursos y prácticas del desarrollo, esas formas de conocimiento con respecto a nuestros problemas y cuyo resultado final fue un nivel de dominación más profundo que nunca.

2. La profesionalización e institucionalización del desarrollo

Toda relación de poder conlleva de por sí la creación de un campo u objeto de conocimiento y, a la inversa, todo conocimiento implica relaciones de poder. Las sociedades modernas están caracterizadas por una multitud de formas de poder que la atraviesan y la constituyen, las cuales no pueden ser actualizadas sin la producción simultánea de conocimientos y discursos. Un análisis de un saber tiene que ser por lo tanto al mismo tiempo un análisis del poder que lo acompaña y, más aún, del dispositivo político que los utiliza a ambos. Llamemos discurso a esa entidad en la cual el poder y el conocimiento se articulan. Un análisis del desarrollo como discurso buscará explicar la forma en que nuestros países se convierten en el objeto de una serie de tecnologías políticas, y la forma en que dicha sujeción da lugar a una serie correspondiente de conocimientos con estatus científico. Dicho análisis, en suma, tratará de estudiar al desarrollo desde el punto de vista de una historia común de saberes y poderes. De esta forma, el desarrollo no será para nosotros una cuestión de conocimiento científico

neutro, a partir del cual se busca el progreso, sino más bien una tecnología política cuyo propósito es el manejo y, más aún, la creación sistemática del Tercer Mundo, y cuyo objetivo final es el de mantener ciertas formas de explotación y dominación³.

Se considera por tanto que el discurso y el poder no actúan sólo en forma negativa, sino que tienen un papel productivo de gran importancia, en el sentido de que producen relaciones, ponen en circulación conocimientos, inauguran prácticas y programas, etc., los cuales a su vez permiten crear y mantener ciertas formas de control. El control de la producción del discurso adquiere por tanto una importancia crucial. No es solamente el acceso a la palabra, sino a la creación de la realidad misma, incluyendo la creación de nosotros mismos como sujetos. El discurso no podrá considerarse entonces como una entidad meramente ideológica o superestructural, sino como un mecanismo por medio del cual se crean efectos de verdad y de realidad. "No se puede ver la infraestructura" —dice Orlando Fals Borda en el primer volumen de su *Historia doble de La Costa*— "como una base granítica sin vasos comunicantes de doble vía y resquicios vivos con aquello que teóricamente se ve como superestructura [...] La superestructura ideológica [...] no es sólo resultado, consecuencia o efecto de la infraestructura económica. Tiene también su propia dinámica que, a su turno, acciona sobre la infraestructura"⁴. El discurso, entonces, mantiene complejas relaciones circulares con formas más básicas de dominación.

Lo que importa entonces no es investigar la correspondencia de un discurso con una determinada realidad externa, a la cual se puede apelar como autoridad última, sino más bien los procesos y prácticas de significación y de verdad, la forma en que estos son constituidos, y las relaciones de poder que se hallan inmersas en un discurso dado. En otras palabras, la producción social e histórica de los discursos, y la forma en que estos organizan, constituyen y, hasta cierto punto, producen tanto lo real como lo simbólico (es decir, tanto la superestructura como la infraestructura). Dentro de este contexto, un análisis discursivo tendrá por objeto, por un lado, el analizar las

3 Para una concepción del poder y su relación con el conocimiento, consúltese la obra de Michel Foucault, especialmente: *Historia de la sexualidad-1: la voluntad de saber*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1977; *Vigilar y castigar nacimiento de la prisión*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1976; *Power/Knowledge*. Nueva York, Pantheon Books, 1980.

4 Fals Borda, Orlando. *Historia doble de La Costa-1: Mompox y Loba*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980. p. 21B.

prácticas institucionales, epistemológicas y pedagógicas que reglamentan, mantienen y propagan discursos específicos y, por otro, las relaciones de poder asociadas con esas prácticas precisamente en los puntos locales de aplicación del poder. Finalmente, el análisis discursivo analizará la manera en que estas formas de poder localizadas son anexadas por fenómenos más globales (esto es, explotación económica y de clase), con respecto a las cuales conservan cierta autonomía, constituyendo sin embargo su sistema de apoyo.

Podemos definir al desarrollo como el conjunto de prácticas y estrategias originadas en el discurso de posguerra sobre el Tercer Mundo, incluyendo los procesos a través de los cuales se pusieron en funcionamiento dichas prácticas. La materialidad de los problemas del llamado "subdesarrollo" no es conjurada por un cuerpo de conocimientos dados, sino que es esculpida por los discursos racionales de economistas, expertos agrícolas y en salud pública, nutricionistas, planificadores, expertos en comunicación, etc., de tal forma que el desarrollo que conocemos es, por así decirlo, la suma de estos discursos. Esto es lo que antes denominamos como el "efecto de realidad" de un discurso, ligado a la producción de verdad que inevitablemente lo acompaña. El discurso se convierte en algo tan monolítico que hace casi imposible visualizar otras formas de pensar esa materialidad, así no sea dentro del espacio discursivo creado por el desarrollo.

Debemos aclarar de todas formas que fue una relación inicial de poder (entre los países del llamado centro y los de la periferia) la que hizo posible que el "desarrollo" apareciera como un posible campo discursivo y de conocimiento; pero al mismo tiempo reconocemos que si esa instancia inicial de poder fue capaz de utilizar al "desarrollo", fue precisamente porque se pusieron en circulación técnicas de conocimiento capaces de aprehenderlo y darle realidad y forma. Dentro de este contexto, el despliegue y puesta en funcionamiento del desarrollo se da a través de dos mecanismos principales:

1. La profesionalización del desarrollo, reflejada en la proliferación de ciencias del desarrollo y la aplicación de ciencias existentes a los problemas del Tercer Mundo (esto es, economía del desarrollo, planificación, demografía, salud pública, nutrición, ciencias agrícolas, etc.). Fue la proliferación de estas ciencias y conocimientos la que hizo posible la incorporación paulatina y cada vez más exhaustiva de todo tipo de problemas, su especificación y categorización cada vez más elaborada, dándoles al mismo tiempo una realidad susceptible de tratamientos específicos. Esta profesionalización del desarrollo hizo igualmente posible el remover de la arena polí-

tica todos los problemas y concebirlos dentro de la esfera aparentemente neutra de la ciencia.

Este mecanismo daría lugar en pocos años a la consolidación de los llamados “estudios del desarrollo” en muchas universidades del mundo, especialmente en los países desarrollados. Un observador un poco ingenuo de estos procesos escribía así en 1947⁵:

Los años de la guerra vieron un crecimiento impresionante del interés en América Latina. Lo que hasta entonces había sido un área en la cual solamente algunos diplomáticos o académicos pioneros se aventuraban, ha llegado a ser casi de súbito el centro de atracción de entidades oficiales, académicos y profesores [. . .] La necesidad de un análisis competente de las cambiantes economías del sur del Río Grande es ahora más urgente que nunca.

El economista norteamericano John Keneth Galbraith relata una anécdota igualmente reveladora. Cuenta este economista como, a raíz del famoso Punto IV del Presidente Truman —el cual comprometía a los Estados Unidos a poner al servicio de los países pobres los recursos tecnológicos de ese país—, comenzó él mismo la instrucción en Harvard en una nueva área, la economía del desarrollo; y como en pocos años “no había materia económica alguna que capturara tan rápidamente la atención de tantos expertos como el rescatar a los países pobres de su pobreza”⁶.

Debe enfatizarse que este interés no existía solamente en los países avanzados; tuvo también —y continúa teniendo— sus grandes cultores en nuestro medio. El desarrollo, en cierta forma, también constituyó una contraofensiva a las corrientes más autónomas de pensamiento que se habían dado en América Latina durante las primeras tres décadas del siglo, y a sus manifestaciones en diversos movimientos (la Revolución Mexicana, el nacimiento de partidos de inspiración socialista, comunista, o anarquista, etc.). Esta contraofensiva se centra en la educación, y en la transferencia a América Latina de formas y modelos de ciencia y conocimiento desarrollados en Estados Unidos. Se busca transplantar el árbol de la ciencia y la investigación de los países desarrollados a los subdesarrollados, especialmente en lo refe-

5 Burgin, M. “Research in Latin American Economics and Economic History”. *Inter-American Economy Affairs*. Vol. 1, No. 3. 1947. pp. 465-468. Véase también: Hanke, L. “The Development of Latin-American Studies in the United States”. *Americas*. No. 4. Julio de 1947. pp. 32-65.

6 Galbraith, John K. *The Nature of Mass Poverty*. Cambridge, Harvard University Press, 1979. p. 29.

rente a ciertas ciencias sociales (economía, planeación, diseño de proyectos, manejo de personal, sociología basada en encuestas y análisis estadístico, etc.), así como las ciencias de la salud y las ciencias agrícolas. Esta transformación se efectuó en nuestros países a través de las nuevas universidades e instituciones de investigación (por ejemplo, la nueva Universidad del Valle, con su flamante Facultad de Medicina, exhibida como modelo en Suramérica por la Fundación Rockefeller, su gestor conceptual y financiero). Pocos años después del desembarco de los Aliados en Normandía se da este nuevo tipo de desembarco a nivel mundial a través del desarrollo y de las ciencias asociadas a él. El resultado es una reorganización total de las formas de generación y difusión de conocimiento, reemplazando las antiguas formas —basadas en las profesiones clásicas— por el modelo norteamericano de investigación y docencia⁷.

Sería difícil exagerar las consecuencias de esta transformación. Los intelectuales y académicos del Tercer Mundo se entregaron con avidez a las nuevas ciencias (sólo a partir del decenio de 1960 se empezaría a cuestionar la neutralidad y validez de ellas). El “desarrollarnos” se convirtió en nuestro problema fundamental, olvidándonos de nosotros mismos. Los programas y políticas a que todas estas disciplinas dieron lugar desplegaron los componentes normativos de las ciencias y modos de pensamiento de los cuales provenían. De esta forma, tanto los conocimientos generados como las políticas y programas se convirtieron en potentes elementos de normalización, por medio de los cuales se buscaba producir un Tercer Mundo a imagen y semejanza del primero, un Tercer Mundo que reprodujera la gran aventura, el gran libro del Occidente.

2. El segundo gran mecanismo por medio del cual se introdujo y se puso en funcionamiento el desarrollo fue el proceso de institucionalización del mismo. Esta institucionalización del desarrollo se efectuó a todo nivel: desde las flamantes organizaciones internacionales hasta las más pequeñas organizaciones locales en los municipios y veredas del Tercer Mundo, pasan-

7 La analogía con el desembarco de Normandía se la debo a Edmundo Fuenzalida. Fuenzalida ha estudiado el proceso de reorganización de las formas de generación, validación y difusión del conocimiento en Chile y Venezuela a partir de 1950. Véase de este autor: “The Reorganization of Knowledge Institutions in Latin American between 1950 and 1980 and its Interpretations”. Presentado a la Conferencia “Michel Foucault: History of the Present”. Berkeley, marzo de 1985; “The Reception of ‘Scientific Sociology’ in Chile”. *Latin American Research Review*. Vol. XVIII, No. 2. 1983; “La reorganización del conocimiento social en Chile y la imagen normativa de la sociedad” (Propuesta de investigación). Santiago de Chile, Academia de Humanismo Cristiano, diciembre de 1984.

do por aquel gran estamento articulador: los organismos nacionales de planeación. El producto de este mecanismo fue la creación de una esfera de intervención de poder, una red de controles locales a través de la cual se ata a nuestras gentes —individuos y comunidades— a ciertos ciclos de producción, a ciertos patrones de comportamiento, ciertas racionalidades económicas, sociales, políticas y culturales que puedan ser utilizadas más eficientemente por las grandes formas negativas de explotación y dominación.

Un aspecto de crucial importancia es que las nuevas ciencias e instituciones introducen un conjunto de prácticas burocráticas igualmente novedosas. Más aún, son estas prácticas las que constituyen el desarrollo, más allá de las intenciones y declaraciones globales de los planes y programas. Nuevas prácticas tales como el diseño de proyectos, técnicas de administración y planeación, estadística, encuestas, análisis de sistemas, etc., en pocas palabras, lo que podría llamarse la burocratización del conocimiento⁸. Estas prácticas estructuran y sistematizan el trabajo de los profesionales, rutinizan la gerencia del desarrollo y reemplazan la proficiencia profesional por una serie de procedimientos “racionales”, los cuales son congruentes tan solo con ciertas formas organizacionales, restringiendo así la definición de los problemas a los que ellas pueden abordar en el presente o en el futuro. La base organizacional de estas prácticas la constituye una red que incluye las organizaciones internacionales y bilaterales de ayuda, las universidades y fundaciones norteamericanas, las universidades e institutos de investigación y tecnología en el Tercer Mundo, y los gobiernos de nuestros países. Es desde estos lugares que se conoce y gerencia el desarrollo. Los conceptos, objetos, metodologías, etc. elaborados por estas instituciones crean sistemáticamente el desarrollo y las políticas. Todas las discusiones se dan en el espacio creado por estas instituciones, lo cual perpetúa al desarrollo como forma de dominación.

El desarrollo no es entonces solamente una gran estrategia de dominación al servicio de las necesidades del capital y los intereses de clase. Va más allá de esto, aunque en cierta forma el hecho masivo de la dominación le presta una inteligibilidad global. El desarrollo no es una gran estrategia unificada y orquestada desde un solo sitio (Washington, o Nueva York, o París, o Londres, o Bogotá, si es el caso); está constituido, por el contrario, por una infinidad de prácticas heterogéneas y discontinuas, algunas de las

8 Sobre la burocratización del conocimiento con relación al tema de la mujer y el desarrollo, véase: Müller, Adele. “The Documentary Practices of Development: the Bureaucratization of Knowledge about Women in the Third World”. *Resources for Feminist Knowledge*. Vol. 15, No. 1. Toronto, abril de 1986.

cuales conciernen a nuestros campesinos, otras a los habitantes de las barriadas, o a las mujeres, o a los desnutridos, o los analfabetos y desempleados, o a los grandes hacendados, o a nuestras ciudades e instituciones, etc. Son estas prácticas, y la multitud de relaciones de conocimiento y de poder que les dan forma y las sostienen, las que constituyen el "desarrollo". Es mediante todas estas operaciones, muchas de ellas muy pequeñas y constituidas por el peso de la repetición y de la disciplina, que nuestras gentes son canalizadas en la dirección del desarrollo. El desarrollo, en pocas palabras, somos nosotros; y por lo tanto, sólo nosotros podremos sacudirnos de él, de todas esas formas a veces diminutas que nos producen y nos esclavizan. Es dentro de este contexto, como veremos más adelante, en que la obra del investigador Orlando Fals Borda cobra una importancia inusitada.

No podemos entrar aquí a analizar en detalle las formas específicas que ha tomado el desarrollo en nuestro país desde su inserción al final de la década de 1940. Quisiéramos, sin embargo, dar un par de ejemplos. El primero de ellos concierne a una de las instituciones más importantes dentro del desarrollo: la planeación. Ya varios autores han delineado la génesis y evolución de este estamento en nuestro país⁹. Esta evolución revela la forma cada vez más compleja que la planeación adquiere, la lucha por la "racionalidad", los esfuerzos por encauzar una economía que se comporta a veces como un potro desbocado, a veces como un animal de carga lento y cansado. Lo que no se ha analizado es la forma en que el avance progresivo de lo que a final del decenio de 1960 llegara a ser el gran edificio de la planeación se inscribe dentro de una política de desarrollo, donde éste se conciba como un problema nacional. Dentro de la problematización del desarrollo, las prácticas de la planeación imponen y mantienen el desarrollo. El Estado juega un papel primordial en este proceso, aunque no mediante una forma de intervención uniforme, sino de la creación de una multiplicidad de formas de intervención en la economía y la vida social (planeación en la economía, en la salud, en la educación, "planificación familiar", planificación nutricional, etc.).

9 El desarrollo de la planeación en Colombia es tratado en los siguientes trabajos: Cano, Augusto. "Antecedentes constitucionales y legales de la planeación en Colombia". En: Gómez Otálora, Hernando y Wiesner Durán, Eduardo (eds.). *Lecturas sobre desarrollo económico colombiano*. Bogotá, Fedesarrollo, 1974; Perry, Guillermo. "Desarrollo institucional de la planeación en Colombia". *Derecho Financiero*. Vol. 2, No. 2. Bogotá, 1976; López P., Gustavo Adolfo y Correa, Luis Felipe. "La planeación en Colombia". *Ciencias Humanas*. Vol. 2, No. 3. Medellín, diciembre de 1982; de la Torre, Cristina (ed.). *Modelos de desarrollo económico: Colombia, 1960-1982*. Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1982.

Se trata, más que nunca, de convertir la pobreza en algo útil fijándola al aparato de producción que la planeación intenta poner en movimiento. Emerge entonces una visión completamente utilitarista y funcional de la pobreza, íntimamente ligada a consideraciones de trabajo y producción. Los nuevos organismos de planeación serán replicados a nivel de los departamentos, municipios, ministerios, áreas rurales, etc., creando discursos y programas que responden a preocupaciones y problemas específicos. Inmersos en esta red de controles, “el pobre”, “el desnutrido”, “el analfabeto”, “el campesino parcelario” —es decir, todos aquellos “anormales” creados por el desarrollo y los cuales concibe como enfermos en necesidad de tratamiento— (ni qué hablar de las clases medias, que nos sometemos casi que por nuestra propia cuenta), todos ellos se convierten en los portadores de las nuevas tecnologías (crédito, educación nutricional, asistencia técnica, planificación familiar, atención primaria, etc.), en sus necesarios puntos de aplicación. Es en ellos en quienes el desarrollo está inscrito, en muchos casos casi que con tintas indelebles. Más allá de los requerimientos del capital, el desarrollo se convierte en un mecanismo de control articulado en los propios cuerpos y existencias de individuos y poblaciones.

Debemos preguntarnos también cómo es que este estamento ha funcionado. Es decir, investigar sus prácticas institucionales, las disciplinas de que proviene, los factores externos que la afectan (por ejemplo, el sinnúmero de “Misiones” externas, que no han dejado de sucederse desde que la Misión Currie pisara nuestro país), los conocimientos de que hace uso, etc. Este estudio podría ser enfocado en una área específica, por ejemplo, la planificación rural, y este es nuestro segundo ejemplo. Valdría preguntarse cómo es que el problema básico de la desnutrición y el hambre se ha convertido sucesivamente en reforma agraria, revolución verde, desarrollo rural integrado, planificación nutricional, y todos los demás programas de “intervención” nutricional. Cómo la problematización del hambre, como un subconjunto del discurso global del desarrollo, produce todas estas estrategias las cuales, a pesar de su rotundo fracaso con relación al problema que supuestamente debían resolver, terminan produciendo formas de conocimiento y de poder, extendiendo ciertas racionalidades entre los campesinos, modificando arraigadas formas de comportamiento y de producción, quizás menos útiles a los procesos de acumulación, ya que su orientación no es del todo hacia el mercado y la ganancia, hacia la producción individual, etc. Sin embargo, el abocar esta pregunta requeriría un trabajo especial.

Cabría también preguntarse, finalmente, si la estrategia que heredamos desde hace ya casi cuatro décadas era la única opción posible. A esto responderemos lo siguiente: aquello que hoy se nos aparece como evidente, desa-

rollo y subdesarrollo, tiene una historia política reciente y aún precaria; es el resultado de ciertas condiciones históricas, de ciertas relaciones de poder y de efectos a veces ni siquiera perseguidos en forma explícita. Lo que para nosotros es hoy obvio no tuvo necesariamente que haber ocurrido, y no tiene necesariamente que continuar. Prueba de ello es el hecho que ya desde mediados del decenio de 1940 había formado en nuestro medio un cuerpo de pensamiento independiente, aunque relativamente pequeño y no totalmente articulado, que encarnaba una alternativa de desarrollo significativamente diferente. Me refiero, en forma muy clara, a la obra de Antonio García, pero también a obras de intelectuales como Luis López de Mesa, la cual, si bien imbuída de un humanismo europeo, y no ajena a cierto racismo, constituyó en su época no sólo una propuesta diferente de acción social, sino una forma de pensamiento e investigación más coherente y organizada. Por otro lado, la obra de López de Mesa, así como la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, ya prefiguraban algunas de las temáticas que más tarde introduciría el desarrollo¹⁰.

No podemos, por otro lado, entrar a analizar la importantísima obra de Antonio García, pero sería un proyecto muy laudable estudiar hasta qué punto y en qué forma esta obra constituyó —y, tal vez, sigue constituyendo— una visión alternativa del desarrollo, la cual pudiera propiciar otra economía política de la verdad y del poder, diferente de la que hemos heredado. El proyecto de García, socialista, democrático, articulado y más descentralizado, pareciera haber estado ubicado dentro de un espacio discursivo parcialmente diferente, aunque funcionando dentro de cierta visión economicista y desarrollista no ajena a las formaciones discursivas dominantes. Hablando de planificación —como muchos colombianos lo hubieran hecho antes— lo hacía en otro contexto, con otras necesidades de investigación y conocimiento, y permitiendo potencialmente relaciones de poder menos explotadoras y más participativas. Sin embargo, contó con el apoyo de los mecanismos de profesionalización e institucionalización que terminaron por inclinar la balanza en favor de otras concepciones, marginando así su obra y la de

10 A este respecto, véanse por ejemplo las siguientes obras: López de Mesa, Luis. *Posibles rumbos de la economía colombiana*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1944; Pérez Arbeláez. *Hilea Magdalena*. Bogotá, Contraloría General de la República, 1949 (Prólogo de Antonio García); Valencia, Luis Emiro. *Cinco ensayos sobre la economía colombiana*. Bogotá, Imprenta Distrital, 1955; y las siguientes obras de Antonio García (entre otras): *Bases de la economía contemporánea: elementos para una economía de la defensa*. Bogotá, RFIOC, 1948; *La democracia en la teoría y en la práctica: una posición frente al capitalismo y el comunismo*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1950; *La rebelión de los pueblos débiles*. La Paz, Editorial Juventud, 1955.

otros pensadores. No obstante, su herencia sigue viva. Reflejo de este hecho es la sociología crítica de Orlando Fals Borda.

IV. DESARROLLO NACIONAL, DISCURSO Y RESISTENCIA

Leemos en el tercer volumen de la *Historia doble de La Costa (Resistencia en el San Jorge)*, una anécdota, quizás curiosa pero al mismo tiempo de mucho valor, de un incidente que tuvo lugar a raíz de la aparición en las tierras de Loba, a partir de 1909, de las primeras compañías norteamericanas, la *Magdalena Livestock and Lumber Company* y la *American Colombian Corporation*. Estas compañías entraron en nuestro país con el objeto de explotar los recursos naturales de la región (agricultura y ganadería, maderas y minería) y exportar los productos a Estados Unidos. Entre las muchas prácticas que estas compañías introdujeron en la región se encontró el uso del alambre de púas, hecho que a primera vista podría considerarse como relativamente inocuo, pero que resultó de gran significación para la población local. Oigamos a Fals Borda relatando la anécdota¹¹:

Entre otras cosas, consta que los extranjeros se opusieron rotundamente al uso comunal de los playones, valor sustancial de la costeñidad y de la economía del aguante y el rebusque del hombre anfibio[. . .] Además, los estadounidenses introdujeron el alambre de púas (traído al país entre 1875 y 1880) y lo desplegaron como una práctica racional y lógica para la producción agrícola. Pero esta práctica resultó particularmente irritante para los campesinos lobanos, que tenían otra racionalidad y otra lógica de supervivencia, especialmente cuando vieron su pueblo cercado y los playones y caminos reales traspasados por alambradas, sólo en virtud del sacrosanto principio de la propiedad privada individual.

Aquí, sin embargo, no concluye el relato; continúa:

No obstante, más adelante y después de los ajustes suscitados por la compañía en Loba, ocurrió un proceso de simbiosis económico-cultural [. . .] En Loba, los estadounidenses se avinieron a hacer compañías al tercio con los campesinos, por iniciativa de éstos, para el levante del ganado introducido; y aceptaron y aplicaron los arreglos tradicionales de monte por pasto. Sólo de esta manera, con economías y valores compartidos voluntariamente, con prácticas antiguas y asimilando relaciones de producción no estrictamente capitalistas, pudo la *American Colombian Corporation* seguir en Loba y desarrollar por algunos años dos grandes haciendas.

11 Fals Borda, Orlando. *Historia doble de La Costa-3: Resistencia en el San Jorge*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1984. p. 172B.

Estos párrafos encarnan algunas de las características metodológicas más sobresalientes de la obra de Orlando Fals Borda, cuya importancia analizaremos en detalle más adelante. Expliquemos primero un poco dichas características. El relato del evento en cuestión, la aparición de las compañías estadounidenses en la región del San Jorge, se centra en los siguientes aspectos:

1. Los principales mecanismos de dominación utilizados por las compañías, que les permitieron ir desarrollando relaciones capitalistas e imperialistas en la región. Entre éstos se cuentan los siguientes: el monopolio de tierras, el énfasis en el individualismo cultural y la noción de supremacía racial, el control del aparato estatal, la mercantilización y manipulación de la persona humana, el uso de ciertas formas de violencia y el control tecnológico.

2. Las respuestas y formas de resistencia de los lobanos a dichos mecanismos, tales como: la formación de organizaciones de contrapoder popular, como las juntas de defensa territorial y las ligas campesinas; la asimilación de ciertas tecnologías agrícolas, ganaderas y mineras; movimientos organizados de protesta; la defensa de los valores sustanciales campesinos a través de manifestaciones culturales.

3. La interacción dialéctica de los mecanismos de dominación y las formas de resistencia, y las consecuencias tanto "negativas" (por ejemplo, aumento de la dependencia económica y cultural, erosión de la autonomía campesina y de sus valores) como "positivas" (por ejemplo, los campesinos, confrontados con la introducción de nuevas prácticas, adoptan aquellas que, de acuerdo a su propia racionalidad y lógica, convienen al desarrollo de la región y a su reproducción como grupo).

El proceso de introducción a las comunidades de nuestro país de prácticas culturales, económicas, sociales y políticas ajenas a ellas, por la acción ya sea de los españoles y otros europeos durante la conquista y la Colonia, o, más recientemente, por nuestras propias clases dominantes, las compañías estadounidenses y los modelos de desarrollo impulsados por este país, constituye el foco del análisis de Fals Borda. Este proceso está marcado por una tensión continua entre la introducción de nuevas formas y la resistencia a ellas. Las nuevas formas no han triunfado por completo ni mucho menos. Su propia introducción pone automáticamente en funcionamiento sistemas de defensa y resistencia, diversos mecanismos de supervivencia y de contrapoder popular. Es esta continua tensión la que ha constituido nuestra historia, y es su historia la que Fals Borda investiga y escribe. Tratemos ahora de visualizar brevemente su gran importancia y novedad, especialmente desde dos

puntos de vista: cómo ella constituye un nuevo modelo de ciencia social para nuestro país; y cómo, al mismo tiempo, encarna una nueva forma de pensar y de llevar a cabo el desarrollo.

Toda sociedad está caracterizada por una infinidad de significados y creencias comunes, las cuales constituyen el transfondo implícito —y, por tanto, irrefutable e ineludible— de la acción social. Dichos significados son compartidos por todos los miembros de la sociedad, y constituyen la matriz en la cual ellos se encuentran inmersos y en la cual actúan. Más aún, estos significados intersubjetivos son elementos constitutivos de toda práctica cultural y social, así como de las instituciones que conforman la sociedad. Ellos le dan a los miembros de una sociedad un lenguaje común y el entendimiento de ciertas normas, a partir de las cuales se formulan aspiraciones y sentimientos comunes. El antropólogo australiano Michael Taussig, quien ha trabajado por muchos años en el suroccidente colombiano, llama a estos significados “conocimiento social implícito”, definido como¹² :

[. . .] Aquello que mueve a la gente sin que en realidad sepan por qué o cómo, lo que hace que lo real sea real y lo normal normal, y, sobre todo, lo que hace que las distinciones éticas tengan gran relevancia política. [Este] conocimiento social implícito [. . .] [es] esencialmente inarticulable y basado en imágenes; es el conocimiento no discursivo de la racionalidad social [. . .]

Es precisamente este conocimiento social implícito, estos significados intersubjetivos que subyacen en la cultura, los que están en juego cuando prácticas desarrolladas en otras sociedades son introducidas en la nuestra. El rango de significados intersubjetivos varía de cultura en cultura, de tal forma que la incapacidad de reconocer esta especificidad cultural conlleva la negación de la diferencia y la imposición de normas, a veces tomadas como universales y naturales, especialmente si ellas se originan en una cultura dominante. Así ha ocurrido, por ejemplo, con aquellas prácticas económicas basadas en el mecanismo del mercado el cual, aunque de invención relativamente reciente en las mismas sociedades occidentales, es tomado sin embargo no sólo como normal, sino como el pináculo universal de la vida material y económica. No se entra a meditar que la racionalidad económica que caracteriza a Occidente, y que se quiere imponer a todo el mundo (aquella basada en la orientación hacia el mercado y la ganancia, la maximización de las utilidades, el consumo individual, etc.) se forjó a través de un largo proceso asociado no sólo con el desarrollo del capitalismo, sino también con la

12 Taussig, Michael, “History as Sorcery”. *Representations*. No. 7. Berkeley, Summer 1984. p. 87.

introducción de instrumentos de disciplina y normalización, nuevas formas de gobierno, y la formulación del discurso normativo de la economía política clásica.

En otras palabras, fue solo como resultado de un largo proceso histórico que la racionalidad económica dominante se convirtió en la propiedad común de las sociedades occidentales, es decir, que entró a formar parte de los significados intersubjetivos de estas sociedades, de lo que en ellas es "real" y normal. Y es esta misma racionalidad la que se quiere extender a las sociedades del Tercer Mundo, sin reparar que éstas poseen significados, prácticas y valores al menos parcialmente diferentes. La introducción del alambre de púas en la tierra de Loba relatada por Fals Borda es parte de este proceso. En nuestros días, es el desarrollo el instrumento encargado de continuarlo, en una escala mayor que nunca, y adquiriendo una profundidad insospechada.

Las formas de resistencia que Orlando Fals Borda relata con respecto a la Costa Atlántica son un reflejo de la importancia crucial de este proceso. Son un conjunto de significados nuevos —y, por tanto, de prácticas— los que quieren introducirse, y los que la gente, en la medida de sus disponibilidades, resiste. Los llamados programas de desarrollo (como las reformas agrarias, la revolución verde o el desarrollo rural integrado) deben ser analizados desde esta perspectiva. El análisis de estos programas se encamina usualmente a explicar el papel que ellos juegan con relación a las contradicciones del proceso de acumulación de capital bajo condiciones de desarticulación y dependencia, o a demostrar la forma en que ellos corresponden o no a una serie de necesidades del país o de un grupo poblacional específico. Pero estos programas deben también ser vistos como la introducción de una serie de prácticas que permiten no sólo producir ciertas formas de comportamiento, sino también modificar los significados y contenidos culturales de nuestras sociedades, es decir, disciplinar y normalizar a nuestras poblaciones. Por lo tanto, deben ser vistos desde el punto de vista de los significados interobjetivos, y de las relaciones de poder y de conocimiento en pugna.

Michael Taussig relata cómo en la región del norte del Cauca, donde la economía cañera ha extendido las relaciones capitalistas de producción a casi todos los rincones¹³,

13 Taussig, Michael. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980. p. 3.

los campesinos representan como algo definitivamente no natural, o aún más, como portadoras de maldad, aquellas prácticas que la mayoría de nosotros en las sociedades capitalistas hemos llegado a aceptar como naturales en el funcionamiento diario de nuestras economías y, por tanto, del mundo en general.

Como ocurriera antes con la cultura indígena de La Costa, según nos cuenta Fals Borda en *Resistencia en el San Jorge*, en el norte del Cauca contemporáneo la producción de tipo capitalista amenaza la base misma de la sociedad campesina negra, dando lugar en este caso a una serie de creencias centradas en el diablo, como respuesta a lo que ellos ven como una amenaza a su forma de vida. El avance de la economía de mercado cambia no sólo las relaciones de producción, sino toda una forma de ver y de percibir la vida y las relaciones humanas. No se trata de defender ciegamente el pasado y la tradición sino, por el contrario, de analizar los conflictos creados por la introducción de ciertas prácticas, las formas de racionalidad ligadas a éstas, las relaciones de poder que hace posible y las nuevas formas de conocimiento y de ver la vida que inaugura. Aquí, una vez más, nos encontramos con el corazón de la obra de Fals Borda, porque es precisamente en la dialéctica de la introducción de nuevas prácticas y la resistencia a ellas que Fals Borda encuentra la base para un proceso participatorio de investigación, organización y lucha. Más aún, este mismo proceso permitiría examinar en forma productiva —aunque no libre de conflictos— aquellas otras formas de explotación y dominación que existen en nuestras culturas, y cuya erradicación debe ser parte integral de toda alternativa teórica y práctica (especialmente la subordinación de la mujer y de los llamados grupos minoritarios).

Un hecho que aparece consistentemente en el análisis histórico de Fals Borda es el deterioro de la participación popular desde la época colonial hasta nuestros días. Este deterioro no es gratuito y está relacionado no sólo con los cambios ocurridos en las relaciones de producción y los patrones de explotación, sino también con la descomposición de los patrones de reproducción cultural a raíz de la introducción de prácticas distintas. Una noción emerge entonces de este análisis con una fuerza ineludible: el poder popular. El trabajo de aquellos comprometidos con los explotados es entonces, no el desarrollo, sino el promover el poder popular. “No hay sino una sola forma” —dice Fals Borda— “para ver que las masas populares asuman su destino y respondan como actores históricos: con el conocimiento de la realidad y el control de su propia actividad y de su organización autónoma [. . .] Todo aquello que promueva la iniciativa popular, la capacidad de las clases para pensar, debatir y decidir por sí mismas [. . .] son elementos fundamentales en esa esencial tarea político-científica y en la praxis correspondiente”.

¡Cómo suena de distinto esto al “desarrollo” que conocemos, en donde la participación nunca aparece, menos aún la necesidad de considerar siquiera el conocimiento popular! Más aún, las ciencias sociales convencionales son incapaces de contribuir a este proyecto, a menos que modifiquen radicalmente sus concepciones y métodos. Estas ciencias están basadas en una epistemología empiricista que da primacía al individuo, y para la cual todo conocimiento debe ser reconstruido sobre la base de las impresiones individuales. De esta forma, sólo aquellos factores (elementos, comportamientos, etc.) que puedan ser reducidos al estado de “datos objetivos”, no sujetos a una interpretación ulterior, podrán ser considerados. Estas ciencias, por lo tanto, no pueden dar cuenta de los significados intersubjetivos, de aquellos contenidos culturales que están en disputa, y cuya investigación depende de interpretaciones subjetivas. Es precisamente este contexto vivencial el que debe dejarse de lado si se quiere hacer ciencia “objetiva”, siguiendo supuestamente las pautas de las ciencias naturales. Para las ciencias sociales aliadas con el desarrollo, por ejemplo, ciertos significados se dan por dados y no son sujetos a la investigación misma. Es decir, ciertas ideas sobre el progreso, sobre la economía, sobre las formas de producción, sobre la educación, etc. se aceptan como la base común a partir de la cual se generará el conocimiento, pero estos mismos aspectos no son sujetos al ojo crítico del conocimiento¹⁴.

La metodología de la Investigación-Acción Participativa desafía este tipo de ciencia. Por un lado, orienta parte de la acción investigativa precisamente hacia esos elementos que la ciencia social empiricista considera como dados. Esto lo logra al estudiar la introducción de prácticas externas (es decir, aquellas que no son parte de los significados intersubjetivos de los grupos en cuestión), y el impacto que éstas tienen en las formas existentes. Por otro lado, al superar la relación sujeto-objeto, central a la tradición empiricista, se asegura que el investigador no impondrá sus propios valores y conjunto de significados sobre los investigados. Por el contrario, el investigador tratará de encontrar un lenguaje de contraste que le permita,

14 La crítica de las ciencias sociales y humanas desde el punto de vista de su incapacidad para considerar los significados intersubjetivos y el contexto de significados ha sido elaborada especialmente por C. Taylor y H. Dreyfus, entre otros. Véase, por ejemplo: Taylor, C. *Philosophy and the Human Sciences*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985 (especialmente los tres primeros ensayos); Dreyfus, H. “Holism and Hermeneutics”. *Review of Metaphysics*. Vol. XXXIV, No. 1. 1980; Rabinow, P. y Sullivan, M. (eds.). *Interpretative Social Science*. Berkeley, University California Press, 1979. Una crítica al respecto con relación a las ciencias naturales se encuentra en: Latour, B. y Woolgar, S. *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*. 1979.

por un lado, conocer la forma en que los grupos en cuestión se entienden a sí mismos y, por otro, crear un espacio de posibilidades comunes (es decir, para el investigador y los investigandos, que también se investigan a sí mismos). Como parte de este proceso, el investigador también verá desafiadas sus propias concepciones.

La forma en que se concibe una determinada esfera social (por ejemplo, la economía) está grandemente influenciada por las prácticas prevalentes en dicha dimensión. Esas concepciones —y el lenguaje en que se expresan— no tendrían sentido si las prácticas correspondientes no existieran. Las prácticas, a su vez, requieren de algún tipo de concepción y de lenguaje para su existencia como tales. Podemos decir que la realidad está constituida por prácticas, y que éstas no pueden ser identificadas separadamente del lenguaje que usamos para describirlas o realizarlas. No hay una distinción completa entre la realidad social y el lenguaje en que ésta se expresa. El lenguaje es un elemento constitutivo de la realidad social. De este modo, por ejemplo, las concepciones del desarrollo y su discurso están íntimamente ligadas a las prácticas que dicho discurso ha introducido. El desarrollo se ha convertido, pareciera, en la propiedad común de nuestras sociedades, en algo “normal”, que todos debemos aceptar, en parte de nuestros significados vivenciales. Podemos cuando mucho distinguir entre “buen desarrollo” y “mal desarrollo”, pero no dudar del lenguaje mismo y de sus prácticas. Eso sería quitarnos el piso que nos hemos construido a lo largo de varias décadas.

Sin embargo, la Investigación-Acción Participativa nos permite problematizar esta situación en una forma novedosa, fuera del alcance de las ciencias sociales convencionales. Al investigar el conocimiento y las prácticas populares, la Investigación-Acción Participativa asume la posibilidad de que en dichas prácticas pueda encontrarse un entendimiento de lo que es la vida en general, y el desarrollo en particular, diferente del de las concepciones dominantes. Busca asimismo darle expresión a este entendimiento diferente, y liberarlo tácticamente de tal forma que cree relaciones diferentes de verdad y de poder. Busca encontrar las formas en que por medio de las prácticas del desarrollo hemos sido creados como sujetos (incluyendo nuestra creación como sujetos “subdesarrollados”, es decir, divididos de aquellos que son considerados “desarrollados”), las tecnologías y formas de pensamiento mediante las cuales somos objetivizados. Y, finalmente, busca tomar las formas de resistencia a estos procesos de sujeción y objetivización como puntos de partida para la acción y la generación de poder popular.

Las ciencias sociales introducidas en nuestros países, especialmente a partir de 1950, no están equipadas para abordar este tipo de investigación

participativa. Más aún, no están equipadas ni siquiera para entender los efectos de su misma introducción en nuestras sociedades, especialmente aquellos efectos sobre los significados intersubjetivos que ellas han causado, propiciado, o hecho posible (al promover ciertos programas y prácticas). Esta situación es aún más paradójica si consideramos que dichas ciencias son incapaces de investigar los conocimientos intersubjetivos e implícitos en las mismas sociedades en las cuales se originaron. Por otro lado, estas ciencias sociales, asociadas en nuestro país con el desarrollo, son ciegas a las diferencias culturales existentes, incluyendo las diferencias en las mismas categorías usadas para conceptualizar la vida y el conocimiento. Por el contrario, se imponen como modelos universales para la comprensión de la realidad y la acción social, construyendo las diferencias, en el mejor de los casos, como obstáculos a ser vencidos en el proceso del desarrollo, o, en el peor de ellos, como comportamientos arcaicos e irracionales o, simplemente, como signo de inferioridad.

Es en este contexto que debemos investigar y entender las consecuencias más profundas de la introducción del desarrollo en nuestro medio, sin perder de vista por eso en ningún momento el papel que éste ha jugado en el mantenimiento de relaciones imperialistas y de explotación de clase. Es decir, debemos estar dispuestos a considerar también el desarrollo desde el punto de vista del conflicto entre representaciones colectivas —aquellas existentes en una comunidad dada y aquellas introducidas con el desarrollo—. La lucha se daría entonces por reivindicaciones muy específicas, a través de formas de resistencia contra instancias locales de poder introducidas por el desarrollo en las comunidades del país. Se trata entonces de promover contradiscursos y contrapoderes populares como medios de combatir la colonización de nuestras subjetividades efectuada por la universalización de la subjetividad europea; de usar las formas endógenas y la resistencia interna como mecanismos para dismantelar los hábitos presentes; de contrarrestar aquellos modelos de desarrollo aculturales y normalizantes; de dar al conocimiento popular y a las diversas formas culturales de nuestro país el valor que les corresponde. Esta podría ser la base de un desarrollo verdaderamente participatorio, de una nueva economía política de la verdad en la cual todos nuestros grupos y comunidades, hombres y mujeres, mestizos, indios o negros participen desde su propio nicho y en sus propios términos.

La prescripción de Orlando Fals Borda a este respecto es clara¹⁵.

15 Fals Borda, Orlando. *Op. cit.* p. 46B.

En mi caso, ya lo he sostenido, mi compromiso es con las bases populares, a las que pertenece el conocimiento que vengo adquiriendo sobre su vida colectiva y sus formas de actuación, reproducción y supervivencia, y a las cuales quiero favorecer en primer lugar con el ordenamiento y sistematización de lo que vengo aprendiendo. Se trata, por lo tanto, de una reconstrucción histórica que sigue lineamientos populares y, por lo tanto, es una *recuperación crítica* de la historia que privilegia los datos y los hechos que, al surgir del olvido académico, ayudan a articular la acción de las bases populares. En últimas, trabajo para contribuir al conocimiento de la propia realidad de las bases y para ayudar a que éstas la transformen en términos del proyecto estratégico de que son capaces, como actores de la historia. Pretendo así colocar el conocimiento adquirido del lado de la libertad, para dejar sin peso a quienes lo monopolizan con miras a mantener las pautas de explotación existentes y el *statu quo* injusto que nos abruma como sociedad.



**CENTRO DE
INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Centro de documentación

Especializado en economía colombiana (historia y actualidad). Posee una colección de unos diez mil documentos, incluyendo: libros, ponencias, folletos, separatas, tesis de grado y publicaciones seriadas.

- Servicios**
- Referencia y consulta en su sede
 - Préstamos interbibliotecarios
 - Boletín analítico de publicaciones seriadas en economía colombiana
 - Búsquedas bibliográficas especializadas
 - Compilación de bibliografías
 - Reprografía interinstitucional

Horarios 8 a.m. — 12 m.
2 p.m. — 6 p.m.

Dirección Ciudad Universitaria
Bloque 13. Oficina 104
Teléfonos: 233 06 90 y 263 00 11, Ext. 461
Apartado aéreo 1226
Medellín. Colombia

Al servicio de todos los investigadores del país y del exterior